

ÉI

María Inés Casanovas Nión



# Capítulo 1

ÉL

Era un caserón típico de Flores.

Luego de subir los primeros peldaños de la imponente escalera estaba el consultorio, una habitación con balcón a la calle, sala de espera, un pequeño baño y otro cuarto que, hacía de ese primer nivel, un pequeño departamento. Atravesando la puerta cancel y subiendo ocho peldaños más, se accedía a la parte principal de la casa donde estaba la cocina, el baño principal en suite, con la enorme habitación donde dormía el matrimonio dueño de casa, el comedor diario y la sala de música. En esa habitación se podían observar todo tipo de instrumentos.

Se imponían a primera vista dos pianos de cola, un Pleyel de media cola antiguo y un Bluthner, ambos negros; guitarras criollas, acústicas, mandolinas, una flauta traversa, quenas, un bombo, un clarinete, dos saxos, isocas, maracas, violines, violoncelos, una biblioteca atiborrada de partituras, lámparas de pie y una gran araña que iluminaba el lugar.

Al lado de la cocina había una escalera caracol que, en su descanso, tenía acceso a la habitación enana (así llamada por sus dimensiones), que contaba con un hueco/altillo donde se erigía un escritorio. Subiendo un poco más se llegaba al tercer piso donde había dos habitaciones más, un baño y la gran terraza llena de plantas donde estaba el lavadero y un cuartito usado para distintos menesteres según los deseos de los moradores.

La casa estaba llena de recovecos, puertitas pequeñas, empotrados. Cuando los pesados cortinados eran corridos se podían apreciar los vitreaux de las distintas ventanas. La parte principal tenía columnas, antiguas molduras en el techo y una imponente balaustrada que bordeaba la escalera. Los dueños habían llenado sus paredes de cuadros y sus bibliotecas de libros. El lugar invitaba al relax, siempre había algo para hacer: escuchar música, tocar algún instrumento, leer, jugar a las escondidas, siempre y cuando no estuviera él.

Se hacía presente por temporadas, nadie podía negarlo, muy pocos lo podían ver, pero ningún habitante era ajeno a su presencia. Las veces que se dejó ver se lo describía como un hombre de mediana edad, elegantemente vestido con levita, de abundante cabellera negra peinada con gomina, siempre llevaba flores en el ojal. Pasaban cosas raras cuando él era visto.

Una noche, por ejemplo, en uno de los pianos se escuchó la Sonata número 16 en do mayor de Mozart a las cuatro de la mañana. Si bien era

muy habitual que uno de los hermanos la practicara a horas inusuales, molestó a más de uno. Por la tarde se le recriminó esa práctica, la respuesta fue:

—Yo anoche no dormí en casa —respondió el hermano en cuestión.

Volvió, pensamos todos.

Cuando venía se instalaba por temporadas de variada duración. Si no estaba se notaba una paz insólita pues al estar cada uno en su pieza podíamos convivir casi sin vernos durante el día, pero cuando él estaba podía sentirse su presencia en donde estuviera con una especie de viento y un aroma a jazmines. Cuando él estaba se generaban disputas que nadie sabía cómo comenzaban, pero traían resquemores, celos, indiferencias, se escuchaban quejas y gritos del estilo: “¿Quién entró a mi habitación sin permiso?”. Se podían ver huellas de zapatos que no correspondían a nadie de la casa o libros hojeándose solos en la sala de lectura. Nos habíamos acostumbrado a todo.

Un domingo de verano estábamos en la terraza intentando refrescarnos, la casa era un horno. Ese día empezó el caos. Sin aviso alguno todas las puertas de la casa comenzaron a golpearse, los roperos se abrían y cerraban con furia, ventanas y ventilucos corrían la misma suerte. Todos nos miramos y corrimos con el temor de que los vitreaux estallaran por el aire. Nadie pudo traspasar la puerta de la terraza. Él no nos dejaba entrar a la casa. Las luces se prendían y apagaban enloquecidas, los libros se abrían y cerraban como si alguien los revisara, los cajones vaciaban su contenido por efecto de un fuerte viento, nos mirábamos perplejos.

—Está buscando algo —dijo mamá.

Pasados diez minutos las cosas comenzaron a calmarse, las luces se aquietaron, las puertas dejaron de golpearse. De la habitación enana salió volando una foto enmarcada que ya estaba en la casa cuando la compramos y nunca nos animamos a tirar. Una bella mujer vestida con atuendo del siglo XIX lucía un gran sombrero y posaba en un sillón Savonarola levemente inclinada sobre una mesa leyendo una carta. La imagen voló como llevada por alguien y desapareció ante nuestra vista. Aún con la boca abierta entramos a la casa para revisar y ordenar todo el desastre.

Desde ese día jamás volvió a sentirse su presencia.